



*Quiénes conocimos de la calidad personal, moral y profesional de Juan Abugattas sentimos profundamente su ausencia. En su memoria reproducimos partes de un notable texto editado hace unos años y el homenaje que le rinde quien fuera un colaborador suyo durante su gestión como Viceministro de Educación.*

# La escuela que necesitamos

juan abugattas

**P**odemos preguntarnos: ¿Y por qué darle tanta importancia a la escuela? ¿Por qué imaginar que la escuela pueda tener un papel significativo en la tarea de transformar la sociedad? Quien pretenda que la educación es la única vía para lograr ese fin está ciertamente equivocado y peca de exageración. Pero de lo que no puede haber duda es de que la escuela es uno de los pocos espacios que inciden o pueden incidir en los procesos de socialización de los niños y adolescentes, particularmente en circunstancias en que la familia, muy venida a menos en el Perú, o pierde peso específico con relación a la formación de los

menores o simplemente se convierte en un lugar inadecuado para ese fin.

No podemos olvidar que la forma republicana por excelencia de exclusión y discriminación ha sido la negación de la educación. El analfabeto, el incapacitado de leer o escribir era formalmente excluido de la ciudadanía. La adquisición de ciudadanía y, por ende, de respeto y reconocimiento plenos, pasaba por la alfabetización y por la educación.

El cartón no era pues solo una esperanza mayor de un buen salario o un buen trabajo, sino un

bastón psicológico vital que garantizaba que se ha completado el tránsito de la nada al ser; de no ser nadie, a ser alguien maltrecho y deformado con identidad crujiente.

Conformada la escuela realmente existente en el Perú con esa realidad, se pone inmediatamente de manifiesto el mayor de sus múltiples desfases. La escuela está diseñada para una realidad inexistente. Resuelve apenas la demanda de cartón, pero no la de una formación apropiada de los niños y jóvenes, ni menos la de servir de acompañamiento a su proceso de maduración.

Es tal vez por esto segundo por lo que hay que empezar. Y ese el sentido más lato en el que se puede hablar de una escuela amable. Se requiere un espacio público, protegido y acogedor que atienda integralmente las necesidades de las niñas y niños menores de cinco años, que los alimente, los estimule y haga seguimiento a su estado general de salud.

Pero el niño o niña que entra a primer grado a los cinco años no debe seguir encontrando un ambiente militarizado, construido sobre la base de una noción de disciplina fundamentalmente basada en el temor y el amedrentamiento. Que, por añadidura, no es un espacio de aprendizaje eficiente. La rigidez estructural de la escuela peruana es lo que la torna ineficiente.

Obviamente, eso demanda una modificación radical de la imagen que el maestro tiene de sí mismo. De transmisor de información, debe convertirse en tutor e instructor de vida y de conocimiento. Pero, a la vez, el diseño físico de nuestras escuelas debe variar. La analogía actual con monasterios o cuarteles debe ser sustituida por parques y lugares de esparcimiento. Es con miras al despliegue de la libertad, no de la regimentación de la conducta, que hay que imaginar una nueva forma física de las escuelas.

Pero el reconocimiento de la condición real de los niños y niñas de primaria nos obliga, si queremos una escuela efectiva y amable, a dar un paso más allá: a niños provenientes de hogares débiles y de entornos sociales duros, a niños que en muchos casos deben su supervivencia a su propio esfuerzo, hay que amoldarles la escuela

con gran flexibilidad y sabiduría para que se acomode a su ritmo, a sus experiencias y a sus expectativas.

La secundaria, es decir, la adolescencia, es una etapa que requiere muchísima amabilidad en una sociedad que se ha caracterizado, en sus 181 años de existencia como república independiente, por ser un cementerio de ilusiones y un verdugo de expectativas.

No solamente tenemos cerca de dos millones de adolescentes que ni siquiera van a la escuela secundaria, que desertan en el tránsito desde la primaria, sino que además tenemos una secundaria absolutamente irrelevante. Al 10 por ciento de jóvenes que quieren ir a la universidad, dejándose llevar por un mito muy extendido, la escuela no los prepara adecuadamente; al 10 por ciento de los que desean carreras técnicas o formación profesional, la escuela los deforma con métodos de enseñanza inadecuados y con un currículo obsoleto; y al 80 por ciento que debería ir, por deseo propio o por necesidad, al mercado de trabajo, la escuela no lo forma ni mínimamente para ello.

Pero no es solo lo más grave. La escuela incumple una tarea vital; a saber, acompañar y guiar a los adolescentes en la dura aventura, en el complejo torbellino de la maduración. Las escuelas, profesores y alumnos son depositarios de todos los prejuicios y de todas las durezas de la sociedad peruana. La intolerancia, el espíritu de facción, el corporativismo excluyente, todo ello se encuentra presente y se alimenta en la escuela peruana, en la pública y en la privada.

El egresado de la secundaria, ni tiene conocimientos y habilidades básicas bien cimentadas, ni menos una visión del mundo, del entorno natural y de su propio país y cultura adecuados. No tiene tampoco, y eso es lo más penoso y urgente de remediar, un espíritu de aventura y un deseo de volar alto.

La sociedad peruana tiene, a través de la escuela, la posibilidad de generalizar sueños de grandeza, de superación colectiva e individual. Esa oportunidad la hemos malgastado sistemáticamente. ¿Acaso el terror y la corrupción no tienen nada que ver con la escuela? ¿Acaso la mentalidad enfermiza y autodestructiva, el envenenamiento espiritual que supone la moral del vivo no se ha incubado y desarrollado en la escuela?

La enseñanza de valores, tan reclamada últimamente, no puede ser un ejercicio racionalista. No es con cursos aislados de educación cívica y premilitar, como piensan algunos ilusos de buena voluntad, que remediamos nuestros males. Es convirtiendo la escuela misma, su organización y sus principios de funcionamiento, en un lugar amable, decente, democrático, abierto, y seguro como lograremos revertir la situación actual gradualmente.

De ahí la imperiosa necesidad de abrir las escuelas, esto es, de convertirlas en espacios de despliegue libre de los intereses de los jóvenes, bajo el atento acompañamiento y la tutoría de los profesores. Una escuela que enseñe a vivir, a trabajar y a gozar, eso es lo que el Perú requiere.

Extractos tomados de *Nudos*, año 1, n.º 1. Lima: Ministerio de Educación, julio del 2002. ■

# Querido Juan

Hay como un silencio extraño desde que te fuiste. Si lo sentimos tus amigos, más duro ha de serlo para quienes te rodeaban por la sangre y el diario vivir. Y no solo porque se extraña, como es normal, a los que se quiere, sino porque a veces las partidas son más duras porque los vacíos son mayores.

Que no debiste irte, es claro. Muy temprano para eso. Pero ya a varios nos habías avisado que tu tránsito sería corto y que no pasaría mucho tiempo... Todo llegó antes; incluso antes que tus previsiones más lúcidas.

Y ahora es imposible no ver, cada uno, la sonrisa amable, la dulzura extrema, la inteligencia aguda, la bondadosa disposición para cada quien que se te acercaba.

Te recuerdo en esos años de fines de los 80, cuando nuestra vecindad en Chorrillos, la pertenencia a la comunidad de padres de Los Reyes Rojos y los sueños de la izquierda nos acercaron y sembraron una amistad que trascendió la anécdota. Pero aún te conocía poco entonces, y acompañé a esos dirigentes humildes de la zona para que pudieras involucrarte en una candidatura a alcalde que solo una ilusión absurda no nos permitía ver que nacía sin futuro. Tú sí tenías todo claro, pero no podías defraudar a esas gentes humildes y luchadoras, que

venían desde los cerros a pedirte que postularas. Es a la distancia que uno entiende tu enorme desprendimiento aquella vez. Aunque al mismo tiempo, y vista tanta cosa, no dejo de pensar en el estupendo alcalde que hubieras sido.

Te he visto trabajando para unas ONG, en tus tareas como catedrático en San Marcos y en la de Lima, pero, sobre todo, te he podido conocer como padre, como hombre de sueños y de ideas, como dotado de aquella facultad para escuchar a todos atentamente, humilde y respetuoso del saber de cada uno.

Te he visto de cerca, más aun, hace tan poco, cuando te nombraron viceministro de Educación y me llamaste para trabajar juntos en ese equipo valioso que nos reunió en torno de Nicolás Lynch, en el 2001. Allí, el trato diario y la posibilidad de hacer cosas tantas veces conversadas y soñadas nos dieron una alegría enorme. Pocas veces hubo en el viejo ministerio tanta energía risueña, honesta y creativa, reunida para pensar en la educación. Pero un año es poco tiempo, y presiones ajenas al interés de los niños, niñas y adolescentes del Perú cercenaron proyectos, pues debimos marcharnos.

Fue, sin embargo, aquella una ocasión privilegiada para ver tu sabio sentido de la justeza de las cosas, tu voluntad de saber,

tu capacidad para tomar decisiones, tu firmeza ante la injusticia, tu sensibilidad con los más olvidados, tu incambiable buen humor en todas las circunstancias, en pleno despliegue.

Luego hemos hablado de todo ello y me dijiste que muchas cosas debieron hacerse, que se quedaron. Y la educación, así, ya no solo de los jóvenes universitarios, sino de todos los niños, niñas y adolescentes de la ciudad y del campo, varones y mujeres, se convirtió en uno de tus temas de reflexión más constantes.

Y de pronto, cuando todo parecía sembrado para cosechar de tu lucidez en estas cosas de las que todos hablan y pocos dicen, te vas.

*Todo está lejos, no hay regreso, los muertos no están muertos, los vivos no están vivos.* Estas palabras de Paz, el poeta, me vienen súbitamente a la memoria. Pero para darles vuelta y saber que en quienes te quisieron, te quisimos, hay pan y obra de sobra para repartir y que mucho, mucho tiene que ver con haberte conocido y aprendido de ti lo que es ser un hombre brillante y culto, pero sobre todo bueno significa, sobre todo cuando tiene la oportunidad de influir y decidir.

Te extrañamos tanto,  
David Roca Basadre